

1/1
CURSO DE ECLESIOLOGIA Y SANTIFICACION

PRIMERA PARTE: ¿QUE ES LA IGLESIA?

Lección No. 1.- LA IGLESIA EN EL PLAN DE DIOS

Antes de adentrarnos en tema tan importante como es el estudio de la Iglesia, tenemos que contemplar su concatenación su relación con todo lo que hasta ahora hemos aprendido en materia de Religión, pues hemos de recordar ante todo que, tal como Dios es Uno y Trino a la vez, todo lo que a El se relaciona tiende a imitar su simplicidad. De este modo, las verdades que debemos creer, y que hemos visto en la primera parte del primer grado en el estudio del Dogma, y la conducta que ha de observar el cristiano, que contemplamos en la segunda parte del mismo primer grado, son como escalones que nos van elevando hacia una altura desde la que tendremos un día la contemplación de toda una unidad que encierra el variadísimo panorama que llamamos EL PLAN DE LA CREACION.

En cursos anteriores, y así lo tratábamos aún en el último apunte del texto de primer grado, se ha impartido en nuestra ESCUELA DE PASTORAL el conocimiento de "los medios de santificación" y posteriormente la "Eclesiología" según el orden muy lógico de formar primero al cristiano como persona, para luego insertarlo dentro de la comunidad. Ahora empero, hemos cambiado el orden atendiendo a la sugerencia muy atinada de nuestro Delegado Episcopal, en el sentido de contemplar los medios de santificación, no sólo como elementos proporcionados por Dios al individuo para obtener su perfección en forma aislada y en una relación Dios-hombre que pudiera antojarse independiente de los demás hombres, como si Dios acordara con cada hombre por separado y a cada uno le tendiera la mano, a él solo, para elevarlo; no, vamos a mirar esos medios de santificarnos tal como quiso Cristo que nos fueran dispensados y en la manera que El planeó para que, a la vez que por ellos obtuviéramos las necesarias gracias, esos mismos elementos vinieran a cumplir otra función principalísima de congregarnos, de integrarnos en comunidad, sabedor el Divino Maestro que es con mucho más fácil salvarnos permaneciendo unidos, que aislados individualmente, como bien quisiera el diablo, padre de la mentira, que ya desde el Paraíso empleó la artimaña de hablar y engañar primero a Eva nuestra madre, apartándola para tentarla, y valerse de ella ya fascinada, para ponerle el traspies a Adán nuestro padre, conforme a Gen. 3, 1-6.

Vamos, pues, durante este curso, a contemplar en forma simultánea cómo los medios de santificación cumplen a la par el perfeccionamiento del cristiano que se decide a emprender la marcha ascendente hacia su santificación, y esa función aglutinante que ha

ce que el hombre vaya evolucionando para pensar cada vez más en términos de "nosotros" y menos en el "yo" raíz de todo egoísmo. 1/2

Fieles a nuestro método, hemos de comenzar tratando de dar una definición acerca de lo que debemos entender por "Iglesia".

Como acontece siempre que se trata de dar una definición acerca de algo de importancia extraordinaria, de un concepto de orden primario, al querer tratar de definir a la Iglesia nos encontraremos inevitablemente con escollos insalvables para formular y expresar este concepto.

Recordemos que el mismo Cristo, Maestro Divino, tratando acerca del Reino de Dios, no dió definición concreta de él, sino que se valió de parábolas para hacerlo. Es decir, siguió el camino a los orientales más comprensible, de la comparación con las cosas y los personajes de la vida ordinaria. De este modo, a la manera oriental, llegamos más a "sentir" lo que es el Reino que a "saberlo"; a describirlo más que a expresarlo o definirlo.

Pues otro tanto ocurre al querer definir a la Iglesia -puesto que incluso algunas de las parábolas del Reino describen meramente a la Iglesia, en cuyo caso ésta aparece como el comienzo terreno de aquél- cuya clara definición como elemento primario entre los hombres es ciertamente difícil de llenar.

Antes del Concilio Vaticano II se salvaba la situación de manera fácil con decir que "por Iglesia entendemos al conjunto de los fieles cristianos -los católicos se quería decir- que se congregan al rededor de Cristo y el Papa, su Vicario". Era válida, aunque vaga, la definición, pues los conceptos que de Iglesia se daban en ella se cumplen exactamente en la realidad, pero tales conceptos son tan pocos que para cualquiera verdaderamente ignorante de la existencia de la Iglesia en el mundo, dejaba grandes lagunas de desconocimiento. No tanto, es claro, para quien ya vive en la Iglesia. Pero aún éste quedaría imposibilitado de a su vez tratar de dar explicación de su fe en la Iglesia, aunque su razón de creer en ella no sufriera mengua por ello.

Felizmente el Vaticano II se ha ocupado precisa y primordialmente en ahondar el conocimiento de la Iglesia, particularmente, sin por ello dar una definición categórica- en la "Constitución Dogmática sobre la Iglesia" o "Lumen Gentium", que desarrolla y completa la doctrina que sobre la Iglesia comenzó a formular el Concilio Vaticano I, bruscamente interrumpido en 1869 cuando las tropas italianas irrumpieron en Roma para dar fin a los Estados Pontificios y al Poder Temporal de los Papas.

Conscientes de la dificultad, seguiremos el sistema del Vaticano II, y más que tratar de establecer una definición, trataremos de decir todo lo que es la Iglesia por medio del estudio del mismo documento conciliar "Lumen Gentium", cuyo comentario constituirá la esencia de nuestro curso.

Dos conceptos aparecen claros en "Lumen Gentium" desde su inicio: el sentido comunitario por una parte, y ser ella instrumento único de salvación fundado por Cristo para aplicar a los hombres su Redención, para que congregados marchen hacia el Padre tras de Cristo mismo su Cabeza, para que todo esto sea llevado a cabo en favor de todos los hombres sin distinción alguna, y para que, al extenderse la misma Iglesia hasta los confines del mundo el mensaje de salvación llegue a todos los pueblos y de este modo habrá de convertirse el mundo entero en Reino de Dios.

La palabra "Iglesia" proviene del griego "ecclesia", término aplicado originalmente a la asamblea que los ciudadanos de las ciudades-estados de la antigua Grecia celebraban con bastante frecuencia con objeto de dilucidar cuestiones entre ellos, establecer normas de conducta en bien de la comunidad, determinar lo que habría de hacerse en sus relaciones de paz o de guerra con sus vecinos, fijar reglas de administración pública, y en fin, tratar todo lo concerniente a la vida pública que a todos interesaba de manera común. Los romanos a todo este conjunto de intereses comunes a todos los ciudadanos lo designaron con una palabra sumamente sugerente: "res publica" = "la cosa pública" = "lo que a todos interesa y pertenece", de dónde: "res pública" = República o forma de gobierno en que todos los ciudadanos, directa o indirectamente intervienen y participan, en contraposición al reino donde un solo hombre décide por todos.

Esta dísgregación, aparentemente ajena al concepto de Iglesia, encierra principios de ideas que fueron bien aprovechados por los primeros cristianos gentiles, puesto que la expansión del cristianismo llegó pronto a Grecia, y más antes a su amplia zona de influencia conocida con el nombre de "helenismo".

De este modo el cristianismo, originalmente influenciado por ideas semíticas patriarcales: de sumisión del pueblo a una clase o grupo dirigente de la que espera todo: normas, soluciones, doctrina, responsabilidad y dirección en suma, pasa a enriquecerse con ese pensamiento occidental en que el individuo tiene en sí mismo la responsabilidad de la marcha de la comunidad con todas sus consecuencias, con un altísimo sentido de responsabilidad con respecto al bien de la comunidad, al bien de todos.

Cambiamos tan sólo la mentalidad material que anima al ciudadano griego por la espiritual que bulle ya en el cristiano, y tendremos la explicación de la Iglesia incipiente: si a los ciudadanos griegos los congregaban los intereses temporales, a los cristianos los reúnen intereses superiores de extensión del Reino de Dios; si a los griegos les preocupaba el bien material de la comunidad, los cristianos, sin abandonar la idea de ese bien común material, se enriquecen con la preocupación superior y apremiante de resolver las necesidades de la vida espiritual.

Es así como los conceptos de comunidad y salvación impregnan y

dan característica propia a la palabra "Iglesia".

Todo esto coincide ampliamente con el Plan Divino de la Salvación, en que Dios quiere que todos los hombres sean beneficiados por el Misterio de la Redención: "Porque tanto amó Dios al mundo, que dió a su Hijo único, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por El." (Jn.3,16-17).

En estas palabras de Cristo vemos fuertemente expresadas esas dos ideas que han de privar acuciosamente en su Iglesia: la idea de comunidad: "el mundo", todos los hombres; "vida eterna", y "se salve". En esa atmósfera comunitaria habrá de realizar la Iglesia como institución de Cristo su misión esencial: la salvación.

Todo lo demás habrá de realizarse en ella conforme a estos dos principios que demarcarán su derrotero a través de los siglos hasta que su Señor, su Divino Fundador venga.

Por antítesis, lógico, un cristiano que mira el Plan de la Salvación con egoísmo, parcialmente, individualmente; o que no se ocupa de la salvación propia y de sus hermanos, es una caricatura de cristiano, es un cristiano deformado, o ha dejado de pensar y de actuar en cristiano, ya no vive como cristiano, deja de ser cristiano: "No todo el que me diga: 'Señor. Señor' entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre Celestial". "Porque esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que vea al Hijo y crea en El, tenga vida eterna y que Yo le resucitaré el último día". "...seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta los confines de la tierra". "Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación". (Mt.7,21) (Jn.6.40) (Hech.1,8) (Mc.16,15).

Es pues la Iglesia, ante el mundo un SIGNO de Cristo, es decir, algo que al ser contemplado, aparte de su apariencia exterior, da a entender algo que no se ve. Veremos algún ejemplo para ello:

La bandera es un signo que significa la Patria, la Nación, sus ciudadanos, la comunidad civil, el amor a todo ello. Una nube amenazante, oscura y relampagueante, es un signo que amenaza lluvia. Pero existe una diferencia entre estos dos signos: la bandera sólo significa las ideas apuntadas; la nube, además de significarlo trae dentro de sí misma el agua, ella es el agua.

Así la Iglesia, igual que los Sacramentos instituidos por Cristo para significar y conferir la Gracia, es a la vez SIGNO Y ESENCIA, SIGNIFICA Y ES: SALVACION, COMUNIDAD, UNIDAD.

Pero, como hablar de salvación no puede entenderse sin el auxilio de la asistencia divina: "Sabed que Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". (Mt.28,20), se concluye que la Iglesia es también SIGNO DE PRESENCIA DE DIOS EN EL MUNDO, con todo lo que esto implica: dispensación de Gracia, santificación y unión de los hombres, ya no sólo entre sí, sino con la Trinidad.

No es pues de extrañar que la vida en Iglesia produzca para comenzar y antes que nada la unión íntima del cristiano con Cristo, y por El, con la Santísima Trinidad: "Aquel día comprenderéis que Yo estoy en mi Padre y vosotros en Mí y Yo en vosotros" (Jn.14-20) El paso siguiente es el que hiciera exclamar a San Pablo: "Vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí." (Gal.2,20).

Esa unión con Cristo y a la vez en comunidad eclesial se traducirá en la unión íntima también con la Trinidad: "Si me amáis guardaréis mis mandamientos; y Yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad..." (Paráclito = consuelo, fortaleza, sostén) (Jn.14,15-17).

Cuál sea la acción de las tres Divinas Personas en la Iglesia, cómo cada una de Ellas ejerce una función bien definida (si bien sabemos que todo en Ellas es común como inseparables que son), "Lumen Gentium" nos enseña:

Al Padre le debemos la iniciativa de nuestra salvación. Debemos entender la salvación como una "elección" que Dios hace libremente para cada uno de nosotros, decretada desde la creación del mundo, mucho antes que existiéramos. Es la muestra de su amor.

Siendo Dios sabedor de todas las cosas, y conociéndolas de antemano por cuanto todo para El es presente, también por anticipado tuvo el "diseño bondadoso" de enviar a la tierra a su Divino Hijo para salvarnos. Al hacer que su Hijo se hiciera hombre, uno de nosotros, ya desde entonces nos consideró hijos suyos.

Al hacernos hijos suyos adoptivos, nos participa de la herencia de su Hijo natural, y de este modo nos concede el derecho al Cielo, en prenda de lo cual nos envió al Espíritu Santo.

El Hijo, a quien hecho Hombre llamamos Jesucristo, fundó y santificó su Iglesia, la hizo su esposa amadísima y de continuo vivifica, limpia y adorna su faz para que aparezca ante el mundo como El la quiere: sin mancha, dignísima arca de salvación.

A El le ha confiado el Padre la reunión de todos los que aceptan su Mensaje de salvación y conforman a El su vida. El como Cabeza de la Iglesia, va delante de sus hermanos los hombres hacia el Padre, en cuyo seno les espera la felicidad adquirida por medio de su Vida, Pasión, Muerte y Resurrección.

El Espíritu Santo trabaja internamente en la Iglesia, guiándola en sus dirigentes, santificándola por medio de la Gracia, instruyéndola, iluminándola, de suerte que con su presencia en la Iglesia y en cada uno de sus miembros, se constituye en garantía y prenda de la futura gloria.

Siendo por tanto común a todos los miembros de la Iglesia todo lo que la Trinidad Beatísima le ha concedido, no es difícil entender que tenemos que salvarnos juntos, que es imposible sentirse ajeno a la salvación de los demás, cuando tantas cosas nos unen y se nos dispensan en forma comunitaria. La Iglesia es simplemente, para bien de todos, una gran familia, que unida busca la meta.

Después que Juan fué preso, marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la Buena Nueva de Dios: "El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva." Así narra los primeros pasos de Jesús en su vida pública San Marcos en el capítulo primero, 14-15 de su Evangelio.

No es de extrañar que los judíos se preguntaran cuál y cómo habría de ser este Reino, puesto que se hallaban gobernados por una dinastía extranjera, los Herodes; dominados por el imperio romano y divididos políticamente al antojo de sus dominadores. En tales condiciones viene un Hombre común para ellos y les habla del nacimiento de un Reino. Ciertamente que todos esperaban que un día la Casa de David habría de volver por sus fueros, y aún aceptaban las profecías de un Reino Eterno. Pero ¿Cómo habría de suceder esto?, ¿Quién habría de inaugurar ese nuevo Reino, antiguo en cuanto podía ser instalado por un descendiente de David?

No, Jesús no garantizaba a la vista tanto esplendor esperado, y por el contrario, en vez de aparecer con asombrosas campañas que pudieran llevar a las multitudes a tomar las armas, como en tiempo de los Macabeos, él simplemente aparece sólo, desarmado, malamente vestido y habla de arrepentimiento.

Un sermón desde una colina, las Bienaventuranzas, puede convertirse en la Constitución de este Reino extraño; doce humildes seguidores, a cual más ignorantes, puede ser su ministerio; la multitud abigarrada de necesitados que le sigue aparenta su corte. Este parece ser el Reino que Jesús afirma que "ya está en medio de vosotros."

No, el mundo no puede entender este Reino; y sin embargo, esto es verdad: el Reino de Dios ha aparecido ya en el mundo, es su Iglesia que nace y que inaugura un Reino que ha de prolongarse hasta la Vida Eterna.

Este Reino fué prefigurado en la Casa de David, y ahora Jesús se afana en describirlo por medio de parábolas que, paso a paso y gráficamente van descubriendo diversos aspectos de este Reino, para que de su conjunto se forme una imagen amplia de él.

Pero también Jesús nos habla de que ese Reino "está dentro de vosotros", y esto aparece más extraño aún. Un Reino que ha de irse construyendo en el interior de cada uno de los hombres, quiere decir que el arrepentimiento debe ir seguido de un cambio interno en el individuo.

Para que esto se lleve a cabo, para que el Reino, una vez y otra vez se construya, se forme, se desarrolle, crezca y llegue a su plenitud en cada uno de los hombres a través de los siglos, hace falta orar. Entonces Jesús enseña a orar a los hombres y a pedir en el Padrenuestro: "...venga a nosotros tu Reino..."

CONCLUSION: Señor, venga a mí tu Reino que es tu Iglesia; haz que sea yo capaz de dejarme conformar en ella, servir y vivir en ella.